

**microEMERGÊNCIAS macroBIBLIOFÍLICAS**  
**10 Obras de Gabinete recentes / textos visuales /**  
Felipe Ehrenberg



*Inventar requiere de una mente excitada; ejecutar, de una calmada*  
**Johann Peter Eckermann (1792-1854)**

Mi cabeza es un remolino de ideas.

Se parece a mi estudio... o lo que alguna vez fue y volverá a ser un estudio, ahora que logré recuperar mi tiempo (me gusta más la palabra estudio que 'atelier' (taller) pues siempre que estoy ahí, siento que estoy estudiando).

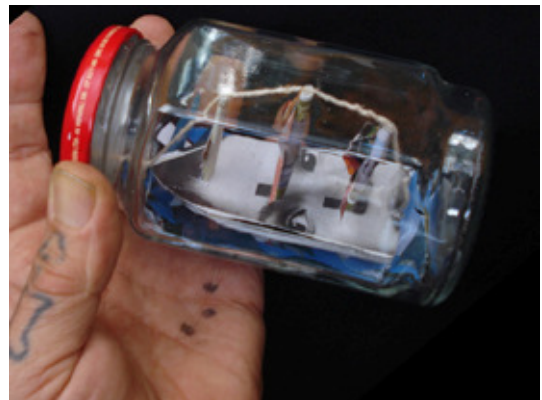


Mi estudio pues, se parece al 'cuartete secreto' de mi papá, el ingeniero, un lugar de aire seco enrarecido, olor a nafta, pólvora, cuero y papeles. (El mío es húmedo y huele a helechos y a mi gato...) En aquel cuarto inverosímil bañado por chorros de luz que atravesaban los vidrios polvosos, mi papá había abarrotado las cosas de su extraña vida. Un papelerío caótico rebosaba los estantes que cubrían las paredes, los archiveros, las

incontables cajas de cartón. Sobre dos amplias mesas dispuestas sin simetría en la enorme estancia se desparramaban expedientes preñados de papel, mapas de mil dobleces, reglas y escuadras y cajitas llenas de lápices y portaminas.

Las cajoneras y vitrinas, ni una parecida a la otra, eran insuficientes para guardar cámaras fotográficas, microscopios, radios de onda corta, relojes de arena, grotescos juguetes de madera tallada traídos de los Alpes y los Pirineos, cajitas de música, cuchillos de caza con mangos de hueso, varias armas cortas de diversos calibres, y las lupas. Lupas de todos tamaños y para todas las funciones, de mango y de sostén, para ser usadas como viseras asidas a los anteojos o acomodadas como gorros en la cabeza. Salvo unas veredas que se

abrían entre el monumental tilichero, el piso era intransitable.



Encima de cualquier cómoda o cajonera yacían collares de llaves de todos tamaños, estuches negros de brújulas, calibradores, micrómetros y reglas de cálculo de las más pequeñas a las más largas. En los muros colgaban varios machetes en su carcaj, una reata enrollada, extraños relojes eléctricos y de cucú (algunos de los cuales sonaban con puntualidad nunca comprobable) y un sinfín de fotopaisajes (una locomotora, un largo puente de metal, un desfiladero tropical) y de gente desconocida, grupos, individuos, todas en blanco y negro, casi todas decoloradas por el tiempo.

Era aquel privado sacrosanto de mi papá el ingeniero todo un universo de misterios de entre los cuales destacaba el globo terráqueo, que recuerdo asiluetado contra el ventanal poniente, alumbrado por el sol de la tarde, un objeto que subrayó siempre mi anhelo por estar lejos, en otro sitio, mi deseo por escaparme a una existencia más definida, a algún mundo claro, de formas y colores intensos y precisos, donde las cosas y las relaciones tuvieran su nombre. El globo terráqueo había sido siempre el objeto que más añoré, desde aquellos lejanos veranos de mi nacarada niñez.

Quién sabe cómo, pero tras la muerte de mi padre, conseguí hacerme de aquel globo. Me llegó dañado, un fuerte golpe había borrado una buena parte del 'viejo continente'. Lo coloqué en mi propio estudio con vista al 'nuevo continente' y ladeado para poder ver a Brasil todos los días. Y un día convertí ese globo en una obra. Al hacerlo sentí que un círculo se cerraba, un círculo al que no podría ponerle nombre, que ciertas cosas que no sabría yo definir caían en su lugar, que niñez y madurez cobraban esa coherencia que a casi todos se nos escapa en el proceso de crecer.



Hoy, diez y seis años después y viviendo por fin en el Brasil tan añorado, retomo aquel impulso, el de revisar las mil y un cosas que va uno recogiendo por los caminos de la vida, acumulando sobre el horizonte visual que nos rodea, para con ellas pensar, estudiarlas y quizá hasta hacer... arte.



Así siento mi cabeza, decía, ahora que retomo la normalidad de mi quehacer.

Λ\*Λ

Fueron casi ocho los años que pasé en una y otra oficina, saliendo todos los días de casa para sentarme frente a un computador ajeno, para obedecer órdenes y seguir reglas, ansioso por el atardecer y la vuelta a casa para robarme unas horas de sueño y hacer aunque fuera un poquito de arte.

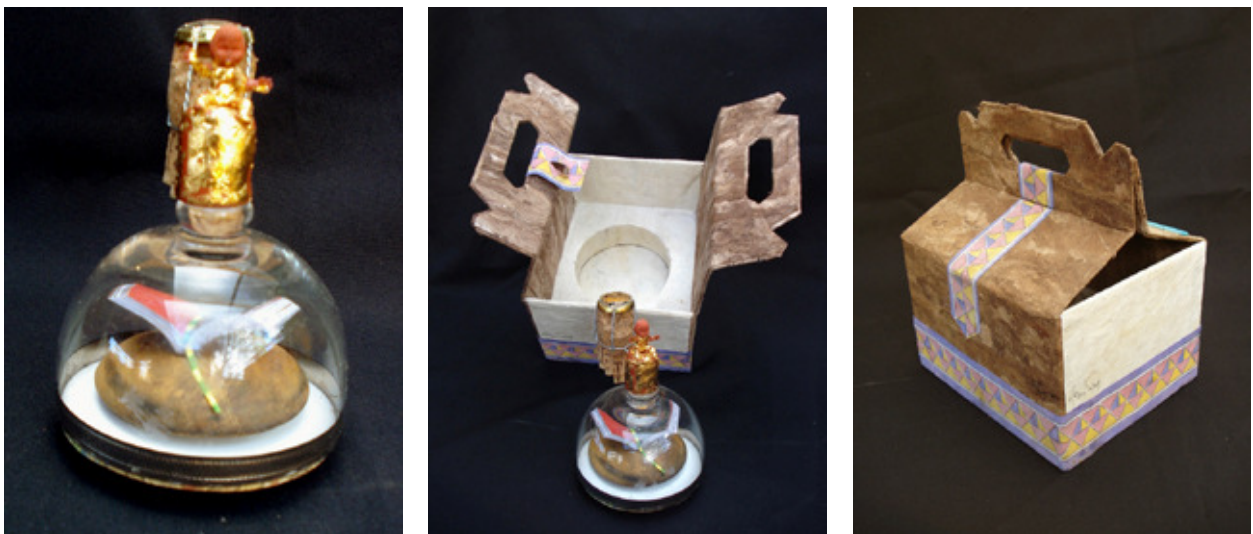
En este lustro y medio que llevamos mi Lourdes y yo en Brasil produje muy poco. Cuando la suerte nos condujo hasta este país acababa yo de cerrar un ciclo tanático (*Violentus violatus*), lo que luego se reveló como la primera etapa de un proyecto triangular, un impulso que me prepare para llegar sano y salvo al fin de mi vida. La felicidad de estar aquí me permitió revisar mi aversión por la pintura (que nunca fue aversión por el arte) a la vez que darle rienda suelta a deseos largamente guardados, deseos acaso no como los de hoy, los de Orlan o Mapplethorp o Joel Peter Witkin que me son ajenos, más bien

como los de Goya o incluso Picasso, ingénuamente eróticos. Así, logré completar la segunda etapa de este proyecto (*Pas de deux*) y la exhibí –junto a un divertimento (*Jogo dos bichos*) en las galerías de la Caixa Económica, ¡en plena Avenida Paulista!

Tras marcar el paso durante dos años más para acompañar la construcción de Manchuria, esa mirada retrospectiva con la que celebro mis bodas de oro profesionales, me enfrenté al reto de iniciar la tercera etapa de mi proyecto triangular, con la cual quiero explorar el tiempo (Cronos) y por supuesto, la vejez. He empezado con asaz trepidación, titubeando, sintiéndome oxidado.

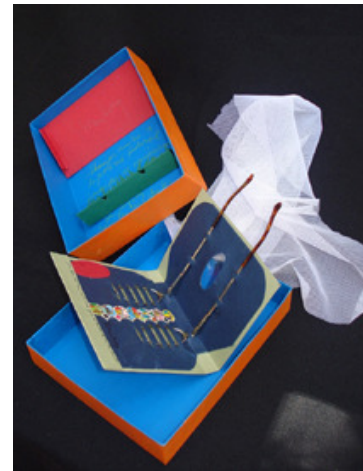


Para explorar el tiempo regresé en el tiempo. Trabajando horas y horas parado ante una mesita de menos de dos metros cuadrados, sin más música que la que me zumba en las orejas y los ruidos que me llegan desde la calle empedrada, empecé manoseando, reacomodando todas las cosas y cositas que como mi papa el ingeniero, acumulo sin saber por qué: un spider man que recogí de una banqueta, el muselet (alambrito) de una champaña, unos mojonos secos de burro que cargo de un continente a otro desde 1963, cajitas de cartón, de metal, redondas, cuadradas, sellos de goma, copas finas quebradas, objetos que simplemente me intrigaron y que llevé a casa... Y esas yuxtaposiciones azarasas van disipando la niebla. Como ya lo dije, bullen demasiadas ideas sueltas en el tilichero de mi cabeza.



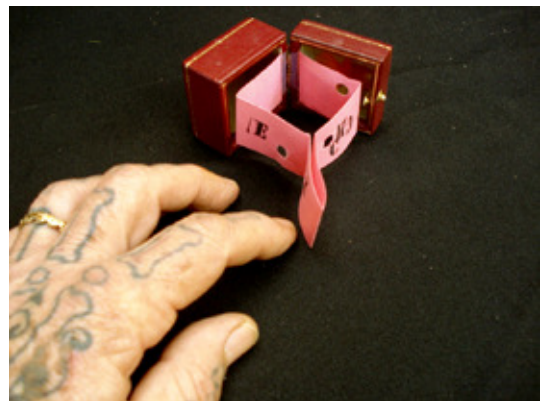
Para mi sorpresa, me encontré trabajando como un relojero, y esto me está causando un gran placer. Mido, corto, coso, engrapo, sello, doblo, perforo, pego... y despego y vuelvo a pegar. Moldeo, modelo, uso papel amate y kraft y strathmore y bond, hasta papel periódico. Trazo, dibujo, rayo, pinto con pinceles #01 y #02; todo se vale. Todo en

chiquito. Microscópico. Y estimulado por Pinky Weiner y el Xico Sa. decidí volver a hacer libros. Mis libros. Libro objetos minúsculos. Todos hechos de únicamente y de manera exclusiva con lo que tuve a la mano en mi estudio, que es todo lo que ya enumeré y mucho más y, claro... tiempo.



Estoy creando obras *maniobrables* porque me hacen recordar a mi finado amigo Rubens Gerchman y sus esculturas de bolsillo... y sus cajas de puros.

Antes de todo, quiero recuperar los encantos inmediatos del arte.  
Quiero poner a la gente a jugar y manosear,  
a escudriñar y resolver como un rompecabezas lo que le pongo enfrente.  
Quiero encantar,  
quiero oír exclamar:  
"pero... ¡qué liindo!"



Pero más que nada y ante todo, quiero que a *la hora de la seducción* de la que es capaz un objeto bien hechecito, bello o extraño y sin explicación, cada una de estas obritas ponga a pensar a quien las manipule.



Estas miniaturas que estoy haciendo son micro emergencias pues me están ayudando a pensar en el tiempo.

También son macro bibliofílicas pues expresan mi absoluto cariño por los libros, por su manufactura. Podrían ser llamadas "obras de gabinete". Son textos visuales y están aquí, a la orden sobre la mesa, con todo placer.

G. Gerchman

julio del 2008.

São Paulo, a 9 de

